

Profesor: **Héctor Aricó**

La realidad musical argentina, ‘tradicionalismo’ y ‘nativismo’

por Bruno Jacovella, 3 de noviembre de 1976

Entre otros cambios, la sociedad o civilización industrial produjo una ampliación demográfica de las ciudades y una paralela aglomeración de campesinos -nativos o inmigrantes- en ellas, requeridos para el trabajo en las fábricas. El proceso de despoblamiento del campo y de expansión urbana acentuó el principio de diferenciación entre una cultura tradicional (folklore) en el campo, y otra de creadores individuales en las ciudades principales. También debió la ciudad industrial proveer de medios de solaz y ensueño a sus nuevos pobladores, que, al perder sus tradiciones, necesitaban un sustituto. Éste fue la cultura popular, que hoy día, al invadir en su expansión creciente también al campo y hasta las clases letradas, pasó a llamarse ‘cultura de masas’ o ‘de consumo’.

La declinación de la civilización tradicional, con todo su patrimonio de valoraciones, costumbres, preeminencias y estilos, significó para mucha gente, sobre todo para los estratos y grupos menos favorecidos por el cambio, una especie de catástrofe. Amplios círculos, ya en la segunda mitad del siglo XIX, entre nostalgias de un tiempo ‘mejor’ y disconformes con el actual, tendían a refugiarse en ambientes en que revivían formas culturales de la época anterior. Mientras, por un lado, los folkloristas recogían los cantos, bailes, cuentos, etc. subsistentes en el campo y aldeas, como supervivencia de esa cultura declinante, por otro, al margen de las modas nuevas, se cultivaban en las ciudades muchos de esos bailes y cantos o se aumentaba su caudal haciendo otros a su hechura. No eran las mismas cosas, pero a los ojos de los consumidores sí lo eran, pues, actuando sin contacto con los investigadores del folklore, carecían de criterios diferenciadores. Así surgió el ‘tradicionalismo’, que abarcó a clases ‘altas’ y a campesinos desarraigados. El campo y la ciudad antigua no eran tradicionalistas; vivían su tradición como algo obvio y actual.

Tradicionalistas son los que cultivan aquella en medios que la han perdido como parte constitutiva de su existencia personal y de grupo.

El movimiento tradicionalista en Buenos Aires fue muy intenso hasta la cuarta década de este siglo [siglo XX] en el renglón canciones, pues el Tango y otros bailes de parejas abrazadas habían desplazado ya a los antiguos, tanto los tradicionales como los de salón. Dominó el baile popular, común a todas las clases. El primer movimiento tradicionalista fue un producto, más que de *Martín Fierro*, de la transposición de *Juan Moreira* al circo criollo, cuando a la pantomima inicial se le agregaron diálogos y luego música: Gato, Estilo y Pericón, alguna de ellas tradicional y otra compuesta por uno de los Hnos. Podestá. Hubo gran proliferación de centros o peñas tradicionalistas a fines del siglo XIX y comienzos del XX. En ellos alternaban bailes folklóricos, más o menos ‘restaurados’, con canciones más tradicionalistas que tradicionales. Florecieron las payadas públicas de contrapunto, género sin duda tradicional. Saúl Salinas, hacia 1910, introdujo las Tonadas cuyanas. Era la época del ascenso del Tango, y ambos géneros pudieron convivir porque el Tango no se cantaba entonces sino esporádicamente y sin su propio estilo.

Los espectáculos de Andrés Chazarreta, hacia 1921, hicieron triunfar, más que los cantos, los bailes nortños en Buenos Aires y produjeron una nueva oleada tradicionalista, que convivió con la anterior bonaerense y con el dominante Tango bailado y cantado con su propio estilo. Éste favoreció al cantor solista, igual que el primer movimiento tradicionalista bo-

naerense; pero hacia 1915 aparecieron los ‘dúos criollos’ conforme a la esencia del Estilo y la Tonada, y luego de 1920 se multiplicaron éstos en el nuevo y más amplio ambiente tradicionalista, que abarcaba ya a las provincias. El público de éstas siempre fue más tradicionalista que el de Buenos Aires. Se lo advierte hoy en el favor de que gozan el Chamamé y la Cumbia en los bailes campesinos, tal vez porque les diga algo más que el Tango o por su mayor vivacidad.

Es bueno agregar que antes de 1920 proliferaron las Zarzuelas y Valses Criollos y que los Tangos tenían a veces títulos y elementos estilísticos que aludían al campo de antes.

Pero en Europa, antes ya de la primera guerra mundial, se empezó a sentir la necesidad de algo ‘propio’ que sustituyera al sencillo folklore trasplantado del campo a la ciudad por algo más elaborado y de estilo más actual. Así surgieron, por ejemplo en Italia las ‘canzonetti’ napolitanas, y en España además del flamenco popular, y la Zarzuela y el género chico, los cuplés o tonadillas. No eran canciones tradicionales o folklóricas, tenían autores vivientes, que las firmaban, y no trataban mucho de imitar el modelo antiguo. Les bastaba dar esa impresión de identidad nacional, de algo propio, no importando que fueran hechas hoy y en la ciudad moderna. Esto, que se llama ‘proyecciones del folklore’ o ‘nativismo’, apareció en la Argentina, con el sorprendente rótulo de ‘folklore’ en la cuarta década de este siglo [siglo XX]. Ya hacia 1925 un músico paraguayo inventó en Buenos Aires la guarania. Así como Gabino Ezeiza, Arturo de Navas, Saúl Salinas -el primer Gardel- y otros muchos representaron al ‘tradicionalismo’, Atahualpa y los Hnos. Ábalos parecen ser los que dieron nacimiento aquí al ‘nativismo’, con sus Zambas cantadas y sus nuevas letras hechas al margen de los moldes tradicionales, que sólo constaban de coplas sueltas y décimas.

Los Ábalos alternaron sus Zambas nativistas con reminiscencias folklóricas, sobre todo en danzas, introdujeron el piano en la ‘orquesta folklórica’ -la folklórica se compone de arpa o guitarra, violín y bombo- y pusieron de moda la quena, el charango y el bombo, instrumento éste, que diez años después con dos o tres guitarras y cuarteto de voces masculinas, habría de ser el modelo del género nativista (Los Chalchaleros).

Hay que repetirlo: el tradicionalismo copia, repite, o cree hacerlo así, a la tradición (folklórica); el nativismo hace sus propias creaciones, sólo con sello de lo propio y actual y con una alusión distante o cercana al folklore. En esto se diferencia de la especie popular caracterizada -con carácter nacional- llamada Tango, que es producto del Buenos Aires protomoderno o de transición.

El tradicionalismo se extingue hacia 1940; y el nativismo de las Zambas y litoraleñas parece sobrevivir dificultosamente aunque siempre tiene su público; lo que se ha extinguido más bien es su capacidad de producir nuevos, y variados e inspirados especímenes.

¿Cuál es, en fin, la actitud de ese público ante la música ‘nativa’: la vive como autoafirmación nacional, sólo halla en ella un deleite artístico, o la conserva a falta de algo nuevo?

Lo mismo cabe preguntar acerca del Tango.